

ducido. Siendo los organismos y las instituciones sociales de un pueblo, así como su grado de cultura intelectual, un producto de sus creencias religiosas, de aquellos organismos podemos sacar conclusiones respecto de estas creencias.

Hemos de dar, sin embargo, un rodeo todavía mayor. El grado alcanzado por un pueblo en la organización social no depende únicamente de él, sino también, en gran parte, de las condiciones del lugar de su morada. Su cultura intelectual está subordinada asimismo a la naturaleza del territorio y a su habilidad para sacar partido de ella; y así como las condiciones naturales que rodean al hombre, y la medida y la manera en que las utiliza para ganarse el sustento, influyen por igual en sus conceptos religiosos y en toda su vida intelectual, así también, en sentido inverso, las creencias religiosas ejercen influencia esencial en el grado de dominio que llega el hombre a alcanzar sobre la naturaleza. Donde no hay cierta suma de bienes materiales existentes, o que puedan ser logrados, no hay, generalmente, desarrollo posible para la cultura intelectual. De ahí que debamos, antes de tratar de la organización social de Israel, exponer el conjunto de su vida intelectual, y por lo mismo, reseñar las etapas de su cultura hasta el grado que había alcanzado en la época profética. Comenzaremos por la descripción de la vida agrícola de Israel, y a ésta seguirá la de los organismos sociales del pueblo; de este modo habremos adelantado bastante, para comprender luego mejor las más antiguas creencias de Israel y su influencia en las costumbres nacionales.

Como última parte de nuestro estudio sobre el grado de cultura alcanzado por Israel hasta la época de los profetas y como excelente auxiliar para la comprensión de las particularidades de la antigua religión israelita, haremos una exposición de las ideas de los antiguos israelitas sobre el modo de ser después de la muerte, pues tales conceptos se hallan en todas partes en la más estrecha relación con las ideas religiosas y morales. Conocida la naturaleza de las nociones de un pueblo sobre la perpetuación después de la muerte, se tiene ya un indicio, casi siempre seguro, de las creencias religiosas y de las costumbres que se puede esperar encontrar en él. Así nos habremos proporcionado también otro medio para facilitarnos la debida apreciación de las primitivas creencias del pueblo de Israel y su influencia en las costumbres de éste.

Desde luego suponemos al lector ya preparado para las discrepancias que han de resultar entre nuestros juicios y el conceptualismo al uso. Muchos de nuestros teólogos, y en general de nuestros legos teologizantes, parten sencillamente de la hipótesis de que los varones piadosos del Antiguo Testamento, como por ejemplo, David, ya tenían el mismo concepto de Dios que un cristiano evangélico. Del mismo modo se representan los católicos a David como un rey católico, y los judíos le consideran como un judío, poseído de su peculiar monoteísmo. Los cristianos no reflexionan que atribuyen así a aquel antiguo rey una convicción que no poseen ni con mucho hoy millones de cristianos, y que está en completa contradicción con las nociones humanas del tiempo de David y con las costumbres sociales que imperaban entonces, y los judíos no miran que de esta suerte despojan a David de las creencias religiosas que le impulsaban; todos ellos sin darse cuenta de sus premisas antihistóricas. Los lectores de este libro no esperarán, seguramente, encontrar conceptos de esta índole en lo que sigue. Hemos visto que el antiguo Israel no penetró en la Tierra de promisión como un pueblo organizado uniformemente bajo determinadas instituciones, sino que solo llegó allí a formarse, recibiendo en su seno muchos elementos de pueblos extraños, los cuales ciertamente debieron de aceptar la religión de Jehová; mas el que conoce la historia de la religión, sabe que semejante conversión no

se lleva a cabo sin que los conversos retengan buena parte de sus conceptos religiosos y acaben por introducirlos en la nueva religión que han abrazado. Así como con la conversión de los paganos no se extinguió la creencia pagana, sino que se conservó en el cristianismo en multitud de formas e ideas antiguas, llegando hasta conseguir un reconocimiento oficial, por decirlo así, en el culto tributado a los santos por los católicos-romanos — el culto local de los santos no es más que el antiguo paganismo disfrazado de cristiano, — del mismo modo sucedió también en Israel. Hemos visto también que determinadas agrupaciones extrañas fueron admitidas por Israel con su carácter colectivo; y aun en el caso más favorable, cuando la alianza era pactada delante de Jehová como guardador del juramento, siempre subsistiría primeramente al lado de éste el culto local de aquellas agrupaciones, siendo después la consecuencia más favorable que se identificarán las figuras de las dos deidades o que se transmitirán a Jehová las formas del culto tributado antes a los diversos dioses. Entonces indudablemente se atribuyeron al Jehová adorado en los nuevos lugares de culto así adquiridos, si no todos, a lo menos muchos de los rasgos de la figura del dios primitivo. Por último, hemos visto también que los hijos de Israel antes de llegar a Canaan y aprender la agricultura de sus habitantes, habían vivido en el desierto, y que Moisés les había iniciado en la adoración de Jehová, el dios del Sinaí. Hemos, pues, de esperar encontrar en ellos huellas de sus creencias antemosaicas. Entre los mismos israelitas se ha conservado el recuerdo de que sus antepasados habían adorado otras deidades antes de la época de Moisés (Jos., 24, 2), como asimismo encontramos en los profetas el reconocimiento del origen cananeo de muchos elementos de la antigua religión israelita (Ezequiel, 16, 20).

Ya sabemos, pues, que no hemos de buscar en los antiguos israelitas un monoteísmo por el estilo de las ideas modernas; lo que podemos encontrar lo deduciremos de la siguiente exposición de las condiciones sociales de Israel y del grado de cultura alcanzado entonces por este pueblo.

CAPITULO PRIMERO

GRADO DE CULTURA ALCANZADO POR ISRAEL HASTA LA ÉPOCA DE LOS PROFETAS ESCRITORES

I. La vida agrícola.

Ya en los más remotos tiempos a que alcanzan los recuerdos históricos, se nos presenta Israel como un pueblo de agricultores. La gran mayoría del pueblo ha abandonado las costumbres del desierto, y no solo cultiva los cereales en el campo paterno, sino que se dedica también al cultivo de la vid y de los árboles (1). Ya manifestamos anteriormente que Israel había aprendido estas artes de los cananeos. La población israelita, avanzando desde las roturaciones en los montes, ha empezado ya a tomar posesión de las mesetas y se dispone a bajar al llano de Kischon y a la costa, donde pronto se verá obligada a detenerse ante los Estados sólidamente constituidos de las ciudades marítimas. La etapa final de este movimiento de avance y la absorción de los últimos restos de la población primitiva que todavía queda en el interior, se efectúan en la época histórica y nos han sido fielmente transmitidas.

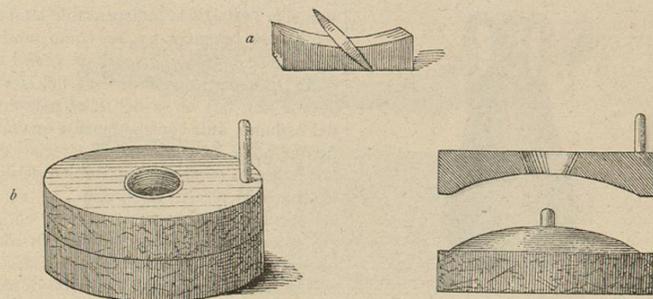
No se han borrado, sin embargo, en el pueblo los recuer-

(1) Los israelitas son, empleando la expresión de Sprenger, «beduinos acampados»; véase: «Vida y doctrina de Mahoma», Berlin, 1861, págs. 241 y siguientes.

dos de la vida del desierto que habían llevado sus ascendientes, conservando viva memoria de su pasado nómada. Es muy posible que aun entonces una parte de la población israelita hiciera esta última clase de vida, mas no tratándose de elementos de pueblos primitivamente extraños al israelita, como los cainitas (cineos), jerachme'elitas, calebitas, etc., cuyo territorio era además poco favorable a la agricultura, solo puede hacerse esta suposición respecto de Simeon, de Ruben y partes de Gad y Manasés, tribus medio extinguidas y sin significación para el Estado y la vida nacional de Israel. Es base del Estado israelita, y no puede tener otra, la población que se ha asentado y dedicado a la agricultura; pero aun en esta misma población se muestran todavía marcados indicios de su pasado nómada en su predilección por la cría de ganados y la vida pastoril. Aun posteriormente, el campesino israelita ha preferido apacentar los rebaños a caminar detrás de la yunta de bueyes apretando el arado. El idioma de Israel está poblado de imágenes y locuciones que proceden de la vida de los nómadas y de los pastores, y que

son celebradas en la leyenda de los patriarcas como después por la poesía.

Aun en aquellos puntos de la Tierra Santa que, como el Judá meridional y parte de la comarca oriental del Jordán, eran más adecuados para la cría de ganados que para la agricultura, los israelitas habían dejado de vivir en tiendas, por lo que sabemos (1); de las aldeas de tiendas se formaron poblaciones fuertes. Al rededor de la torre ó fortaleza construida en la montaña para protección contra las incursiones enemigas, se amurallaban primero determinados lugares para recoger el ganado (2), y luego seguiría la construcción de bañías y casas para los hombres (3). Desde estas colonias ó poblaciones el ganadero enviaba a sus pastores con sus rebaños a los pastos de la estepa; así lo hacía, según 1. Sam., 25, el rico calebita Nabal, que poseía 3,000 carneros y 1,000 cabras. En los puntos libres de la peligrosa vecindad de tribus enemigas, en los cuales, por lo mismo, no había que temer el robo y el pillaje, vivía también el ganadero en aldeas abiertas (*hasérót*).



a. Piedras para moler el durra. b. Molino de mano que se usa hoy en la Palestina.

Más de todos modos el pastor israelita lleva una vida muy dura (4). Donde no tiene que temer las sorpresas de merodeadores enemigos, no por eso su oficio deja de exigirle el esfuerzo de todos sus sentidos y de imponerle toda clase de privaciones. De día y de noche tiene que estar en guardia contra los ladrones que procuran robar alguna cabeza de ganado; ha de ahuyentar al lobo que rastrea al ganado y defenderse contra el león y la pantera. El león, que a la sazón abunda en Palestina (5), obliga a más de una peligrosa refriega; por eso el pastor lleva, además de su cayado, la honda y la lanza, estando obligado a indemnizar al dueño del ganado lo que destruyen (*teréphá*) las fieras y lo que roban los ladrones. Ciertamente que la costumbre exige que el dueño desista de la indemnización, si el pastor presenta el animal destruido ó demuestra su inocencia por medio de dos testigos ó de juramento prestado en un lugar del culto; pero a veces poco equitativos ó demasiado avaros infringen más de una vez esta costumbre (6).

(1) La circunstancia de que la palabra *'ohel* (tienda) se ha conservado en la fraseología bíblica con el significado de habitación, ha dado lugar a que muchos supusieran equivocadamente que el pueblo de Israel, en su mayor parte, vivía en tiendas aun en tiempo de los reyes; así lo dice también B. Weiss en su obra ya citada.

(2) Núms., 32 y 36; Gén., 35, 21 y 2. Reyes, 18, 8.

(3) Así se explica que *'ir* (fuerte) adquiriera la significación de ciudad.

(4) Gráficamente descrita por la leyenda en Gén., 31, 38 y siguientes y 1. Sam., 17, 38 y siguientes.

(5) Se hace frecuente mención de él, y abunda el idioma en imágenes que prueban que se conocían bien sus costumbres y peculiaridades.

(6) Como la leyenda lo refiere de Laban, para demostrar su carácter codicioso y avaro (Gén., 31, 12).

Aunque continúan en Israel estas costumbres y condiciones de la vida nómada, el ganadero israelita ha dejado ya de mostrar aquel desprecio a la agricultura que caracteriza a los pastores; aspira a sus productos — de los que tampoco puede prescindir el nómada tan pronto como traspasa el grado inferior de la civilización humana, — no por medio de cambio ó compra, sino procurando proporcionárselos por su propia industria, sembrando de cebada ó lentejas un pedazo de tierra (Gén., 25, 34), ó dedicándose a la arboricultura en modestos límites, como Amós de Tekva (Am., 7, 14). La agricultura, entonces, no solo llega a ser la ocupación más general y más extendida, lo mismo entre los habitantes de las aldeas que entre los de las ciudades, sino que identifica a todas las clases en unos mismos intereses; todas se dedican a ella: Joab, el general de David, cultiva su cebada; Saul, el noble benjamita ungido como rey, va con su yunta al campo, y aun después de subir al trono es probable que sacara su sustento de su granja, administrada por un colono. El sacerdote Ebyatar tiene, asimismo, sus tierras en Anatot.

El labrador que cultiva su propio terreno habita en aldeas abiertas (*perázót*) ó en ciudades amuralladas y defendidas por una torre (*migdál*) ó un fuerte (*'ir*). Parece que algunos labradores más ricos se habían establecido también en granjas aisladas (Jueces, 17, 18); mas estas viviendas aisladas debieron convertirse casi todas gradualmente en poblaciones cerradas, pues con el aumento de la familia, los hijos de la casa se irían estableciendo junto a la granja, é igual permiso se concedería a los libertos, dependientes y hombres libres menesterosos, acogidos a la protección de la familia. Cada labrador es, sin embargo, su propio artífice de todo lo que no

túculas de paja, mientras que los granos, mas pesados, vuelven á caer en el suelo. Lo trillado no se lleva inmediatamente á casa, sino que es guardado en el campo en silos ó mazmorras (1). Las semillas mas delicadas no son trilladas en la era, sino simplemente sacudidas con varas.

El cultivo del lino está muy extendido en el país; con él se fabrican las ropas interiores, y la lana de los carneros proporciona el material para los mantos. En cambio, el algodón no aparece todavía como producto de Palestina en la época mas antigua.

Es un indicio mucho mas significativo del grado de cultura alcanzado por los antiguos israelitas, y al propio tiempo el testimonio mas importante del impulso progresivo que habian recibido las condiciones de existencia de Israel, el que este pueblo hubiera ya entonces aprendido de los cananeos el cultivo y la conservacion de aquellas plantas cuyo aprovechamiento, extendiéndose desde el Asia anterior hasta las tierras del Mediterráneo, habia llevado de Oriente á Occidente los gérmenes de un cultivo superior, cambiando el carácter del de la tierra, tanto en los países semitas del Asia como en los de Europa y Africa bañados por el Mediterráneo, y aumentando los bienes de la vida. Hablamos del olivo, la higuera y la vid. El aprovechamiento de estas plantas no solamente presupone desde luego, en mucho mayor grado que el cultivo de los cereales, colonizaciones fijas y duraderas, sino que solo puede progresar allí donde se ha desarrollado á lo menos la idea de propiedad y de familia y han alcanzado cierto grado de estabilidad las condiciones de la vida. Exige mucho mas cuidado y premeditacion que el cultivo de las mieses; enseña al hombre á emprender trabajos cuya recompensa solo puede esperar al cabo de algunos años y le estimula además á mejorar las condiciones que le ofrece la naturaleza, como por ejemplo: conducir desde lejanos manantiales las aguas necesarias para el riego; construir cisternas y estanques; transportar tierra fértil á peñas calentadas por el sol; recoger las piedras del campo, y proteger su propiedad cercándola de muros ó vallas. Enseñándole así los medios de aumentar el valor de su hacienda, á la par que la seguridad y comodidad de su vida, aguzó su ingenio y lo hace mas perspicaz para las artes de la paz y de la guerra. Este cultivo mas provechoso del suelo hace apreciar entonces debidamente los beneficios de la paz y de las instituciones sociales bien organizadas, y, por lo mismo, da mayor importancia á los elementos de defensa, sin contar el aumento de poblacion consiguiente al mayor grado de bienestar. Así los antiguos griegos datan, con razon, la mayor cultura material é intelectual de su país y de su nacionalidad desde la introduccion de la vid y del olivo. La leyenda israelita, por su parte, hace derivar las naciones israelita y cananea de un mismo tronco comun, el labrador y viñador Noé.

En la antigua parábola de Joatam, Jueces, 9, se nos presentan ya el olivo, la higuera y la vid como plantas características del país: el olivo es honrado por dioses y hombres á causa de su aceite; la higuera es estimada por su dulzura; el vino alegra el corazón de los dioses y de los hombres, y no puede faltar en la mesa del sacrificio, como tampoco el aceite. Este último, exprimido del fruto que se sacude del árbol, sustituye en la preparacion de los alimentos á las grasas animales, que corresponden tambien al altar de los dioses, y es tan indispensable á la higiene de los habitantes de las tierras bañadas por el Mediterráneo, como el jabon á las naciones modernas. Los higos — especialmente los tempranos — son cuando frescos (brevas) un regalo para los israelitas, y secos un medio alimenticio de uso muy general (2). En cuanto á la vid, su abundante producto aun hoy día constituye la fama de la comarca occidental del Jordán, lo cual viene ya expresado en la leyenda al hacer mencion de las uvas de extraordinario tamaño que cortan los exploradores en el valle de las Cepas, cerca de Hebron, como tambien en los versículos dedicados á la fama de Judá, Gén., 49, 11, y en la profecía mesiánica de que de las montañas manará mosto y los lagareros estrujarán uvas hasta la época de la siembra. Aun hoy se encuentran en el país muchos lagares practicados en la peña, y esto, así como muchos pasajes del Nuevo Testamento, son testimonios del abundante uso que hacian del vino los antiguos habitantes de aquella tierra (3). Así como los higos, tambien sabian secar las uvas y prensarlas en tortas (4).

No eran estos los únicos árboles frutales que se encontraban en los huertos de los antiguos israelitas. Desde tiempos muy primitivos se cultivaba ya el almendro. El granado era un árbol mas bien de lujo y que, como el mirto, se extendió al Occidente con el culto de la Astarte (Afrodita) semítica; su fruto rojo como el vino, con sus muchos granos apiñados formando una sola masa, representa un gran papel en el simbolismo de los antiguos, tanto, que tiene su puesto en el culto tributado á diversas deidades, figurando tambien en la ornamentacion del templo de Jehova (1. Reyes, 7, 18. Exodo, 28, 33 y siguientes).

Debió de ser bastante general el cultivo del granado, pues no solo ofrece su fruto imágenes á los poetas, sino que la leyenda de los exploradores hace mencion de él, al propio tiempo que de los higos y las uvas, como característico de la tierra occidental del Jordán. Solo excepcionalmente se hace referencia á las manzanas (5) y una sola vez á los frutos del allónsigo (Gén., 43, 11), tan raro ahora en Palestina; y en Amós, 7, 14, vemos que el insípido fruto del sicomoro, que abunda en los terrenos bajos, se hacia comestible por medio de punciones. La palmera, que segun parece abundaba mas antiguamente en la Palestina que hoy día, solo produciria y maduraria tambien entonces sus racimos de dátiles en los confines meridionales del país y en el templado valle del Jordán, cerca de Jericó.

En las casas de los labradores israelitas practican los individuos de la familia muchas pequeñas industrias, que suelen desarrollarse, en mayor grado de cultura, en oficios independientes. Cada casa procura atender en lo posible á sus propias necesidades. No solo secan las mujeres en los terrados el lino de su propia cosecha, lo preparan para hilarlo, y lo hilan, así como la lana cardada, con el huso de mano, que aun hoy se emplea en el Oriente, sino que tejen, asimismo, el hilo en telas y confeccionan con ellas las vestiduras (1. Samuel, 2, 19). Fabricanse igualmente cordones y cuerdas del

(2) Los griegos aprendieron su preparacion de los semitas, como lo prueba el nombre *palathe*, dado por ellos á los higos secos y que se deriva del hebreo-fenicio *Debelet*.

(3) En la obra de Robinson: «Nuevas investigaciones bíblicas», página 178, se verá la descripcion de un antiguo lagar usado aun en la actualidad.

(4) El uso bastante general que se hace hoy en el Oriente de uvas agraces en lugar de vinagre y el empleo de las maduras en la fabricacion del arrope, no parece que fuera propio del Israel de aquellos tiempos, ya que no encontramos en el Antiguo Testamento mencion alguna en este sentido; esto último era supérfluo en un país en el cual abundaban la leche y la miel, producida ésta por numerosos enjambres que habitaban en las grietas de las peñas.

(5) Si con las manzanas de oro mencionadas en Prov., 25, 11, se quiere aludir al fruto del limonero, será esto, así como la mencion que se hace de la manufactura de tejidos de algodón en 31, 22, uno de los muchos indicios de la fecha moderna de este Libro.

(1) *Matmónim*, Jeremías, 41, 8. Esta manera de guardar los granos está aun hoy en uso en la Palestina; véase Robinson, tomo II, páginas 400 y 650, tomo III, pág. 231.

mismo hilo. No hay trabajo tampoco para el curtidor, del cual no se hace mencion alguna en todo el Antiguo Testamento; parece que la piel de los animales es preparada en la misma casa y convertida en sandalias y cinturones, y que de la piel de las cabras se fabrican odres.

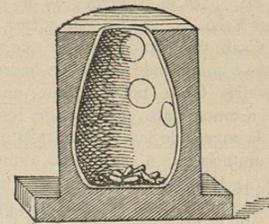
Igual sencillez que en su habitacion usa el antiguo israelita en su vestidura, fabricada de productos del país (1). Solo posteriormente se nos presenta como prenda de riqueza especial la importada de Egipto y designada con su nombre egipcio *schesch* (2), que solo usarian las clases mas elevadas. El traje del antiguo Israel se diferencia considerablemente del moderno de Oriente, y solo le es parecido el de los pueblos que viven en tiendas. Es, en sustancia, el mismo que usaban los fenicios, transmitido por ellos á los griegos é itálicos, y por estos sustituido, como moda mas civilizada, al primitivo de piel de animales (3). La prenda interior del hombre es el *kuttónet*, de lana ó de hilo, que probablemente no bajaria de las rodillas y careceria de mangas, y cuyo nombre semítico asimilaron á su pronunciacion los griegos llamándola *chiton* y los romanos *túnica*; un cinturón de cuero ó de lienzo la ceñía al cuerpo, y se usaria sola para estar en casa ó para trabajar (4). En los demás casos, pónese el hombre por encima del *kuttónet* la *simla* de lana, que corresponde al *himation* (*pallium*) de los griegos, á la toga de los romanos y al *'abát* de los actuales beduinos; y consiste en un pedazo de tela, probablemente cuadrado, y por lo mismo á propósito para envolver y llevar en él toda clase de objetos (5), como tambien para servir de cobertor durante la noche. Carecemos de noticias acerca del modo cómo el israelita se envolvía en su *simla*, pero es de suponer que ésta se llevaria poco mas ó menos como el *himation* y la toga. Los reyes y las personas principales usan por encima del *kuttónet* una especie de ropaje talar, llamado *mé'il* (1. Sam., 15, 27; 18, 4; 24, 5 y siguientes; 28, 14). Los sacerdotes y los que desempeñan funciones análogas usan, en vez de la *simla*, un jubon de lino (*séphód*). Al rededor de la cabeza se lleva un lienzo arrollado, á manera de venda, no habiéndose adoptado la costumbre, muy extendida en Oriente y ya practicada en el antiguo Egipto, de raparse la cabeza.

El traje de las mujeres corresponde al de los hombres, consistiendo tambien principalmente en el *kuttónet* y en un ropaje exterior, si bien nos lo hemos de representar mas largo y con mayor variacion de formas y colores, sin contar toda clase de adornos que muy pronto se introdujeron, procedentes del extranjero. En 2. Sam., 13, 18 y 19, y en Gén., 37, 3, 23, se hace mencion de un *kuttónet passim* — probablemente una túnica con mangas y larga hasta los tobillos — como traje de Tamar, hija del rey, y de José, tan mimado por su padre. No se nos dice en qué se diferenciaba la *simla* de mujer, á que se refiere Deut., 22, 5, de la de hombre. En otros pasajes se indica gran variedad de ropajes exteriores que usaban las mujeres en lugar de la *simla*, deduciéndose evidentemente el

lujo introducido despues en estas vestiduras, de lo que se dice en Isaías, 3, 16 y siguientes, y en Ezequiel, 16, 10 y siguientes. Por el primero de estos pasajes nos enteramos, asimismo, de que las mujeres israelitas de aquel tiempo llevaban por debajo de la túnica propiamente dicha, otra de lino (*sá'din*, de aquí el griego *sinclon*). Con referencia á los tiempos mas antiguos se habla ya de telas de color en Juec., 5, 30, y de vestiduras de color carmesí en 2. Sam., 1, 24. Desde muy antiguo debió de formar parte del traje de una israelita distinguida el largo velo colgante y el espejo metálico de mano.

Hombres y mujeres protegían sus piés por medio de sandalias ligadas con correas; mas es probable que no las usaran en el interior de sus casas.

Como adornos mujeriles se citan, además del velo y de la diadema, los brazaletes, los anillos de los piés, los zarcillos de la nariz, las sortijas, los pendientes y los collares. Estos atavíos servían tambien — como ya veremos mas adelante (6) — de amuletos y talismanes, ó sea de conjuro contra los hechizos de que pudiera estar amenazada la persona que los llevaba. Como distintivo real se mencionan los brazaletes y



Horno árabe para cocer el pan.

la diadema en 2. Sam., 1, 10 y en 2. Reyes, 11 y 12, restos de una época primitiva en la que el guerrero se adornaba tambien con joyeles.

Al luto corresponde un traje especial (7). El afigido por una muerte rasga sus vestidos tan pronto como tiene noticia de ella, va descalzo, con la cara cubierta, y lleva sobre la túnica el saco, que generalmente se supone fabricado de pelo de animal, pero que de Isaías, 50, 3, podemos deducir que es un ropaje oscuro, sujeto por medio de un cinturón; en el recogimiento de la penitencia y del dolor, tambien se llevaba oculto á la vista pública por debajo del *kuttónet* y sobre las mismas carnes (2. Reyes, 6, 30).

El antiguo israelita, como todos los pueblos del Mediodía y especialmente los orientales, es sobrio y sencillo en su alimentacion, cuya base principal son los vegetales y la leche de sus rebaños, así como los productos de ésta. Hasta el rico es parco en el uso de la carne, no comiéndola sino — como el antiguo griego — cuando hace sacrificios, lo que, por cierto, sucede diariamente en el palacio del rey. De la caza parece que el antiguo israelita era menos amigo aun que el antiguo griego. Es costumbre establecida en Israel que no se puede matar á los animales sin sacrificar, viniendo de aquí que solo se coma carne, por lo general, en las fiestas regulares de la luna nueva y del sábado, en las de sacrificios anuales de las familias, que casi siempre coinciden con aquellas, y en las tres grandes fiestas del año. No está limitado ciertamente el sacrificio á estos días y se puede hacer en otro cualquiera de la semana, pero no se decide la muerte de una cabeza del

(1) Es característico que en ninguna parte se haga mencion de vestidos de púrpura, con referencia á la época antigua. Jueces, 8, 26, es glosa.

(2) Por primera vez en Ezequiel, 16, 10 y siguientes; 27, 7. Es designada despues con el nombre arameo *bás*, de lo que se desprende que se importaba entonces de Siria.

(3) Traje que seguramente existiria todavía en Palestina en la época histórica, si bien solo se menciona con referencia á los israelitas que hacian vida ascética. 2. Reyes, 2, 8. 13 y 14; 1, 8.

(4) No se puede decir si el vestido que se presenta en los prisioneros judíos esculpido en el relieve de mármol del palacio de Senaquerib, en Kuyundschik, es el *kuttónet* ó el saco; además es dudoso que el artista conociera con exactitud el traje palestino.

(5) Al salir de Egipto se valieron de ese medio los israelitas, segun Exodo, 12, 34, para llevarse sus artesas llenas de la pasta para el pan.

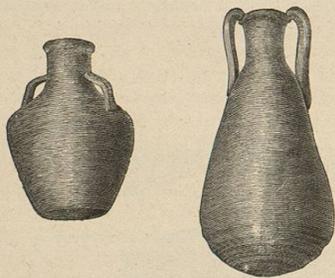
(6) Parágrafo 7 del capítulo segundo.

(7) Daremos la razon en el parágrafo siguiente.

puede proporcionarse de los mercaderes cananeos, que viven del comercio en el país.

Solo dos oficios abundan desde tiempos muy primitivos en el territorio, el de herrero y el de alfarero, siendo éste el más antiguo y el más extendido, y de ellos se derivan los nombres de todos los oficios relacionados con el arte de edificar que se conocieron después. Es posible que el Israel nómada supiese ya fundir los metales. La leyenda atestigua la antigüedad venerable, que se pierde en la noche de los tiempos, de este oficio, citándonos, en Gén., 4, 22, á Tubalcain, hijo de Lamech y de su esposa Sella, como el primer fundidor de hierro y bronce.

En un solo pasaje antiguo, 2. Sam., 17, 28, se hace mención del arte de alfarero, uno de los más antiguos de la humanidad y precursor de todos los relativos á la construcción. Puede ser que esto sea todavía un efecto del pasado nómada de Israel. El hombre de vida errante, cuya hacienda viaja la mayor parte del año sobre el lomo de bestias de carga, no puede hacer uso de vasijas de barro á causa de su fragilidad;



Cántaros modernos de Palestina.

se sirve de las de metal, si se pueden obtener y están al alcance de sus medios, ó se contenta con odres hechos de pieles de animales, y, en último caso, con los receptáculos que le ofrece la naturaleza, como, por ejemplo, frutos vaciados ó huevos de avestruz. Así encontramos en uso general entre los antiguos israelitas los odres ó botas de cuero, que servían para guardar toda clase de líquidos y muy especialmente el vino; y otras vasijas, como el cántaro (*sappahat*), demuestran ya con su mismo nombre que primitivamente habían sido fabricadas de metal.

El antiguo israelita vive en la época del bronce. Lo que designamos nosotros como de hierro y fuerte como hierro, llama él de bronce. Conoce ciertamente el hierro (*barzel*), pero el uso del bronce (*nehóset*) está mucho más extendido, como ya se desprende de que de este metal se haga mención, juntamente con el oro y la plata, como de importante presa de guerra y rica ofrenda (2. Sam., 8, 8. 10). Por la descripción de los accesorios del templo vemos, asimismo, el mucho uso que se hacía de este metal. Según la leyenda, Goliat de Geth lleva almete, coraza, grebas y escudo de bronce, pero su lanza tiene ya punta de hierro. Para expresar la mejor organización militar de los cananeos, se dice, en Jueces, 1, 19, 4, 13, y Jos., 17, 18, que poseen carros de guerra de hierro, ó sea herrados. De bronce es el antiguo arco, de la altura de un hombre, y que, por lo mismo, se debe sujetar con el pié izquierdo contra el suelo para dispararlo (2. Sam., 22, 35). En cambio, no tenemos dato alguno acerca del metal de que estaban fabricados la espada de combate y el cuchillo, de que se servía el antiguo israelita para cortar, pero no para comer.

En las ciudades tal vez existiría también el oficio de bata-

nero; á lo menos ya en el octavo siglo llevaba su nombre una parte de la campiña de Jerusalén.

La casa del labrador israelita tiene, como ya hemos visto, la misma construcción primitiva que la que aun hoy suele habitar el *fellah* palestino (1). Sus materiales son adobes y madera de sicomoro; barro apisonado sobre las vigas de la cubierta forma la azotea ó terrado, en el cual se duerme también por la noche. La mayoría de las casas tendrían como las actuales un solo piso, y las de los más pobres servirían además por la noche de abrigo para el ganado (2); las de las gentes más ricas, especialmente las de las ciudades, tenían otro piso superior (*alijá*, según Lutero: desvan).

Muy parco es el mueblaje de una antigua vivienda israelita, á juzgar por nuestro actual criterio. El de una habitación del piso superior, dispuesta con toda comodidad, para un huésped venerado, se compone según 2. Reyes 4, 10, de cuatro muebles: el *mittá*, ó sea una especie de lecho, que hace veces de cama y de sofá; la mesa, que según se desprende de Jueces, 1, 7, descansa sobre piés, pero cuyo nombre (*wihlân*) recuerda la cubierta de cuero usada por el nómada; una silla (*kissé*), y la indispensable lámpara ó candelero (*menórâ*). De Jeremías, 25, 10, como también de la expresión figurada *se apaga su lámpara* en vez de *desaparece con su familia*, se deduce que en la casa del labrador israelita, como sucede aun hoy en la del *fellah* palestino (3) y en la tienda del beduino, arde constantemente una luz, que se cuida tanto de que no se apague como en Grecia y en Italia el fuego del hogar. En la *mittá* yacían también de día los ancianos y los enfermos, Gén., 47, 31. 1. Sam., 19, 15; en ellas se sienta el antiguo israelita á la mesa, 1. Sam., 20, 25, Ezequiel, 23, 41. De la costumbre, procedente de Oriente, de comer más ó menos recostado en aquel mueble, hace mención por primera vez Amós, 3, 12. 6, 4. La *mittá* descansaba sobre piés, y en ella había almohadones ó pieles; la de David, por ejemplo, tenía una piel de cabra, 1. Sam., 19, 13 y siguientes. En lugar de la *mittá*, también se indica como lecho la *eres*; pero si se diferenciaba ésta de la primera y en qué consistía la diferencia, es detalle que no ha sido averiguado (4).

En las cabañas de los menos acomodados no existirían tal vez estos cuatro muebles siquiera. Los accesorios indispensables para la preparación y conservación del alimento humano son asimismo de índole primitiva. De primera necesidad era el molino de mano, en el cual se preparaba la harina que exigía el consumo diario de la familia. La forma más primitiva de este utensilio sería como la del molino árabe, descrito por Niebuhr (5), para moler el *durra* (mijo), en el cual la piedra inferior cóncava recibía el grano que era molido con otra más pequeña. Es probable también que los antiguos israelitas conocieran ya el molino de mano, usado por los antiguos griegos y romanos, y aun hoy en uso en el Oriente. Consiste éste en dos piedras circulares (por eso lla-

(1) Los antiguos israelitas no sabían construir bóvedas, las cuales son parte tan principal de las modernas construcciones sirias; véase Klein en la «Revista de la Asociación de Palestina», 3, págs. 106 y siguientes.

(2) Tanto en la comarca oriental del Jordán como en el Sudoeste de Judá vivieron en cuevas los primitivos habitantes, y la tribu edomita de los horéos deriva de esta circunstancia su nombre. Sin embargo, no hay ejemplo alguno de la época histórica que justifique la suposición de que los antiguos israelitas habitaran también cuevas; el capítulo 19, 30, del Génesis, solo se refiere á costumbres moabitas.

(3) Véase la obra ya citada de Klein, pág. 115.

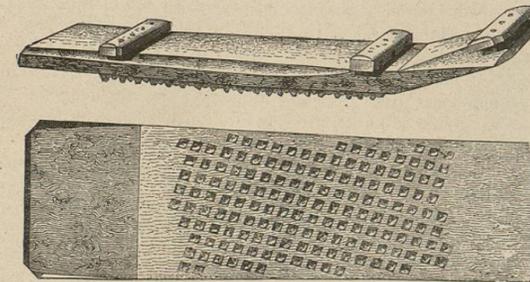
(4) Con esta palabra se designa también el ataúd, y por lo mismo no pudo significar primitivamente, en vez de cama (*mittá*), sofá, sentido que por cierto se le atribuyó después. En ambas formas se parecería á los muebles de igual clase representados en los monumentos egipcios.

(5) Niebuhr: «Descripción de Arabia.» Copenhague, 1772, pág. 51.

madas *rêhayim*), la inferior, que lleva el grano, convexa y la superior cóncava, que gira en un espigón ó eje y que muele aquel (1). Esta última piedra, porque descansa y gira sobre la otra, es llamada *reheb* (carro). Era un trabajo molesto y pesado el de preparar la harina para el consumo diario. Es posible que se usara además el mortero, precursor del molino de mano. Para el agua — y seguramente también para toda otra clase de líquidos — servía el *kad* de barro, que llegó hasta los griegos y romanos con los nombres de *kados* y *cadus* (1. Reyes, 17, 12). Con el *kad* sobre el hombro van las mujeres y las muchachas á la fuente (Gén., 24, 14). Para los líquidos se sirven también, como ya hemos observado, de odres, y para guardar frutos, de cestos trenzados, de los que se mencionan tres clases (*dúd*, *tene* y *sal*). Se cuece la carne en ollas y calderos de cobre ó de bronce. En las casas de los más ricos y en los lugares de culto se encuentran naturalmente en mayor abundancia los utensilios de bronce: al lado de las ollas (*pârúr*) y de los calderos (*sir*), hay también fuentes (*kijór*), escudillas ó bacías (*saph*, *sallahat*, *kallahat*),

tazas (*mizrák*), así como tenedores para sacar la carne del caldo y palas para el fuego. Todos estos utensilios eran de origen extranjero, como se desprende del relato de las construcciones de Salomón; tendrían, por lo mismo, según toda probabilidad, formas parecidas á las que podemos ver en los restos de esta clase de enseres asirios, fenicios, egipcios y griegos más antiguos. Por lo que toca á herramientas de oficio, ya en tiempos más primitivos se hace mención del martillo y de las tenazas.

Los animales — que no se pueden llamar todavía domésticos — en que más abundan los rebaños, son las cabras y los carneros; estos últimos, como se desprende de las costumbres de los sacrificios, de la raza de rabo grueso que todavía se cria en la Palestina. No es adecuado todo el país para la cria de la raza bovina; sin embargo, el buey se encuentra en todos los puntos donde hay agricultura, y se emplea lo mismo para arar que para trillar el grano. Los labradores acomodados poseen asnos, y son estos las cabalgaduras en uso más general, sirviendo también para el transporte de los produc-



Trillo.

tos de la tierra. El caballo es raro todavía; no se le ha dedicado aun á los servicios de paz, y para los de la guerra es importado de Egipto. Los individuos de la familia real se sirven, en vez del asno, de la más imponente mula (2. Samuel, 13, 29. 18, 9 — 1. Reyes, 1, 33 y siguientes), que probablemente no se cria tampoco en el país y procede de fuera (1. Reyes, 10, 25). El antiguo israelita no posee camellos (2), que no le sirven para sus labores y cuyas fuerzas especiales no puede aprovechar; además el camello es animal impuro para el israelita (3), de modo que no puede hacer uso ni de su leche ni de su carne.

El verdadero fruto de que hace pan el labrador israelita es la cebada, si bien el trigo prospera igualmente en abundancia en el país y á menudo se cultivan también las lentejas (4). Se mencionan asimismo, como de cultivo regular, los pepinos, las habas, las cebollas, los ajos, el mijo y los cominos. Cada séptimo año era de descanso para las tierras (Exodo, 23, 10).

Según Isaías, 28, 28 y siguientes, parece que también la antigüedad israelita atribuía á enseñanza divina el conocimiento de la agricultura. Se hace la siembra en noviembre,

(1) Riehm, en su obra ya citada, pág. 1027.

(2) Solo en los escritos posteriores al cautiverio se hace mención de ellos como poseídos por los israelitas. No puede aducirse como argumento el que los patriarcas los poseyeran, pues estos son representados como beduinos.

(3) Sobre este punto haremos algunas observaciones en el quinto párrafo del capítulo segundo.

(4) Es dudoso si *kussemét* significa espelta ó alguna especie de arvejas.

después que las primeras lluvias, á fines de octubre, han preparado la tierra para esta operación; y las últimas lluvias, de febrero en adelante, acaban de sazonar la simiente.

La cosecha empieza en abril con la siega de la cebada y termina en junio con la del trigo; dadas las grandes diferencias de clima entre los varios territorios, debía de ser también variable la fecha de empezar la recolección en ellos. El período de siete semanas (5) que dura ésta, lo es de fiestas y regocijo general, y jóvenes y ancianos toman parte en las faenas que dan lugar á tanta alegría. El fruto ya segado (6) es llevado inmediatamente por los hombres ó á lomo de los asnos á la era, que siempre se procura situar en una altura azotada por el viento. Allí se hacen correr los bueyes y los asnos por encima del fruto, hasta que sus cascos han quebrantado las mieses y descascarillado el grano. Se usa también el trillo, tan extendido ya en la antigüedad y aun hoy en uso, ó sea el *mórag* (*tribulum*), tablon incrustado de piedras, que es arrastrado por los animales por encima de las mieses (7).

El trillo que todavía se usa hoy en el Oriente, está mencionado por primera vez en Isaías, 28, 27 y siguientes. La masa quebrantada por los cascos de los animales ó por el trillo, es sacudida después, arrojándola á cierta altura con palas, para que el viento se lleve de la era las pequeñas par-

(5) Véase sobre este punto el sexto párrafo del capítulo segundo.

(6) Se dejaría probablemente un tallo mucho más largo que lo que es usual entre nosotros, y tal como sabemos que lo hacían también los antiguos griegos y egipcios.

(7) Véase también el grabado en la obra de Ebers y Guthe: «Palestina,» tomo I, pág. 244.